

## **A veces el silencio se escucha mejor**

**Alfredo Acle Tomasini©**

Qué pasaría si los ciudadanos tuviéramos en las boletas electorales una opción que dijera: “me abstengo”, posibilidad que si tienen en el Congreso los representantes populares por los que votamos. Esto definiría un estándar que permitiría valorar con mayor precisión el parecer de la ciudadanía respecto a las propuestas de los partidos y sus candidatos, lo cual ahora es borroso porque el descontento se diluye en la invalidación de votos o en el ausentismo electoral, que sumariamente se define como abstencionismo y que incluye desde los inconformes hasta los muertos.

Si hubiera esta opción, el voto de castigo hacia un partido no tendría que convertirse en el premio para otro. Pero, por absurdo que parezca, este sistema de penalización correctiva y reconocimiento inmerecido lo favorece el hecho de que muchos electores sólo tienen tres alternativas: escoger al menos malo, anular su voto o simplemente no presentarse a votar.

Si existiera esa casilla que dijera “me abstengo”, yo y seguramente muchos más, la marcaríamos el próximo 5 de julio ¿por qué?

Porque la democracia no son sus procesos sino los resultados que estos producen en la sociedad. Su efectividad radica en permitirnos avanzar al convertir la diversidad de opiniones respecto al país, en un crisol que lime nuestras discrepancias y fortalezca nuestras semejanzas.

Pero, una cosa es creer en la religión, otra muy diferente es confiar en la iglesia y sus ministros. Los políticos han recogido como dato anecdótico y trivial que en la estima de la sociedad ocupan los últimos lugares. No han comprendido lo paradójico de este hecho, ni lo que implica para nuestra democracia, porque revela una identificación muy baja entre representantes y representados.

Los políticos creen, como si fuera un tema obscuro de familia, que no hablar de las cosas termina por evaporarlas. Subestiman la inteligencia y memoria del ciudadano que presencia las mudanzas de ideologías, los mandatos inconclusos y sus actitudes frente al enriquecimiento inexplicable y exhibido sin ningún recato. No pasan de decir la frase de siempre: “la historia lo juzgará”. ¿Y dónde está esa señora para que también juzgue al que delinque, no para hacerse una casa de lujo o vivir en el extranjero, sino para algo más mundano como es comer? Quizá sea igual de benevolente. Hoy se sorprenden que el narco haya penetrado a los poderes públicos, y pasan por alto que esa ruta la abrieron hace mucho los intereses económicos.

Porque el desempeño de la clase política no es ajeno al estancamiento en el que está sumido el país. Estamos cansados de ver como las grandes iniciativas que debemos tomar, una vez que se debaten en el Congreso se convierten en versiones a escala que no alcanzan y que tan pronto se implantan demuestran que la mezquindad y la miopía sólo sirven para satisfacer el ego de los mediocres, pero que no resuelven los problemas de la nación, mientras otros pueblos nos dejan atrás.

Ahí quedan como ejemplo las reformas fiscal y petrolera. En el primer caso, preferimos seguir subsidiando el consumo de los grupos de altos ingresos, antes que imaginar cómo – al aplicar el IVA a alimentos y medicamentos – podemos subsidiar el consumo de los que no tienen nada. Se optó por crear un nuevo impuesto confuso que les añade cargas a las empresas.

Mientras en Brasil, un presidente socialista aprovecha para su nación y empresa petrolera aquello que le ofrece el mundo actual en términos de asociaciones productivas, nosotros aprobamos una reforma energética rabona que no resuelve los problemas de fondo. ¿Cómo queremos avanzar si no nos sentimos capaces de asociarnos con otros en términos equitativos y sin dañar nuestros intereses o si vivimos llamándoles entreguistas a quienes lo proponen? Quizá Lula es un entreguista y no nos hemos dado cuenta.

Porque pensamos que los políticos lucran con los valores democráticos para lograr su propio beneficio y moldear el marco institucional a su conveniencia. Buena parte de la agenda nacional está definida y gestionada por las cúpulas partidistas integradas en su mayoría por personas que no pertenecen al Congreso o miembros de éste que accedieron por la vía de la representación proporcional, es decir que no se ensuciaron las manos en campañas y baños de pueblo. Ahí es, a través de esa costosa antigualla por donde entran los jefes, los demás a la calle, a buscar el voto; que esto es la democracia.

Porque si no han oído los gritos, quizá escuchen el silencio.